

Entre la indignación y el miedo

EL GOBIERNO HA REPUN-
TADO, ES CIERTO. En medio de
semejante enredo ha obtenido un
segundo y hasta un tercer aire, que
demuestra capacidad de reacción y
sagacidad política para manejar la
delicada crisis que lo rodea.

No es gratuito que en una
semana que se inicia con el
escandaloso casete de *Semana*, el
presidente Samper haya logrado no
sólo reunir en Palacio a gremios,
sindicatos, jerarcas de la Iglesia,
directores de medios y órganos
judiciales, sino recibir el respaldo
de la nueva Dirección Liberal y
evitar la deserción conservadora de
su gabinete.

Hay que abonarle, pues, su fino
instinto de supervivencia. No se
puede decir lo mismo del que hoy
exhibe el Establecimiento, la
llamada clase dirigente, que se
debate entre el desconcierto, la
indignación y el miedo. Que
confunde la supervivencia política
del presidente Samper con la del
sistema y las instituciones. Y que
por lo visto no distingue lo que está
en juego.

Hay algo de desconsolador y
lastimoso en ese desfile por la Casa
de Nariño de empresarios, obispos,
magistrados, que no se sabe si
acudieron a la invitación presi-
dencial por cuestión de cortesía,
lagartería u oportunismo. O por
simple ingenuidad o ignorancia.
Por no saber que una cosa es la
crisis que afecta a la persona del

Presidente y otra la de orden
público que vive el país.

La sagacidad presidencial
radica en haberlas juntado. Y la
torpe y timorata mediocridad del
Establecimiento en no saber
separarlas. La convocatoria del
Ejecutivo tiene una causa noble
—la unidad nacional contra la
violencia—, pero su efecto directo
no es otro que el de darle oxígeno
político en momentos de asfixia.



El Gobierno está en todo su
derecho de defenderse, contraatacar
y lanzar iniciativas que coloquen la
atención en frentes distintos del
“Medinagate”. Lo que resulta
patético es el seguidismo de una
clase dirigente que no se atreve a
establecer distancias ni a exigir
clarificaciones. Que ni siquiera se
da cuenta de que con este compor-
tamiento nada digno, también está
minando su autoridad ante un
pueblo que huele la fétida
complicidad de los de arriba para
“tapar y tapar”.

Capítulo aparte merece el
llamamiento de los gremios
económicos a rodear al Presidente.
Promovido casi a la brava —y se
explica— por el más grande
consorcio del país, que puso todos
sus huevos en la canasta samperista
y no quiere perder la inversión.

Parece que no hubo discusión y
algunos empresarios se atrevieron a

cuestionar un apoyo demasiado
incondicional en estos momentos
de profundas dudas. Pero entre
prohombres de la libre empresa; la
que vive renegando del Estado
corrupto e ineficiente; la que
reclama autonomía, moral y
transparencia, se impuso la
adhesión palaciega. Y luego, por
emisoras y noticieros, la cascada de
vibrantes llamados de Asohuevos,
Acofalfalfa y demás gremios
patrióticos de la producción, para
respaldar al Gobierno en estas
horas aciagas.

¿Por miedo? ¿A qué? ¿A la
anarquía, al vacío institucional? ¿A
la guerrilla, quizás? ¿Pesa más el
desconcierto que la indignación?
¿La conveniencia que la verdad?
En cualquier caso es la mejor
forma de demostrarles a los
enemigos del sistema que aquí
manda una rosca inepta y miope
que no es capaz de depurarse. Que
son los mismos con las mismas.
Que la Presidencia es igual al
Congreso; que es igual a las Cortes
(con la excepción de la Constitu-
cional, que no le jaló al desfile por
Palacio); que es lo mismo la
empresa privada, que la Iglesia,
que los medios de comunicación...

Todos hablando de unirse
contra la violencia cuando la pro-
cesión va por dentro. Deplorable
radiografía de un sistema castrado.
Sin visión del presente ni vocación
de futuro. Que prefiere curar sus

heridas en falso y dejarles la
gangrena a los que vienen.



En fin, un espectáculo lasti-
moso y preocupante. Por ningún
lado aparece un Establecimiento de
verdad. Una clase dirigente
propiamente dicha, con valores y
principios. Ni siquiera un partido
conservador que podría ser un
punto de referencia ético, y no una
cofradía de agradecidos burócratas.
Y es que lo que sale a relucir, en
medio de la hipocresía y los elogios
mutuos, es una despreciable y
asustadiza oligarquía de pequeños
poderes chantajeables.

Tirofijo y el cura Pérez deben
estar de plácemes. Y con razón.
Semejante papayazo equivale a
cien asaltos guerrilleros. Tanta
sapería termina saliendo cara.

Ahora bien, si la convocatoria
de Samper contra la violencia
resulta ser algo serio; si se traduce
en un compromiso real de la
sociedad para enfrentar el
fanatismo armado; en conductas y
normas que faciliten la lucha contra
la subversión; en unas Fuerzas
Armadas motivadas y eficientes,
entonces la propuesta del Gobierno
habrá demostrado no ser una
cortina de humo. Pero ver para
crear.☺

Enrique Santos Calderón
De "El Tiempo", Bogotá